

Los cantos

Ya bien adentrada la noche, durante una de esas horas entre la lúgubre noche y la mañana. Suena de improvisto sonidos guturales, como gorjeos. Un hombre se despierta de mala gana de su cama y rápidamente se puso alerta. Ante los desconocidos y curiosos ruidos que se proyectaban en algún lugar cerca de su hogar.

<< Mi alma, ¿qué serán esos ruidos?-pensó-. Parecen ser *guacharacas*, pero a estas horas qué harán cantando. No hay una luz en el cielo. >>

El hombre tenía sueño hasta en sus lagañas; sin embargo, degustaba con asco la sed en su boca. Por lo cual decidió ir a tomar un vaso de agua. Ese piso donde estaba era bastante oscuro, lo único que lo iluminaba eran las luces lejanas que entraban por sus ventanas y proyectaban diversas sombras por las paredes. Después de hidratarse y actuando un poco ralentizado, escuchó unos sonidos raros.

<< ¡Eso vino como del zaguán! >>, pensó con algo de miedo.

Casi instintivamente caminó lentamente hacia el portal. Al escuchar ruidos metálicos agarró de la cocina un fiel cuchillo y con la otra mano sostenía su celular. Más sonidos indeseables sonaron esta vez del picaporte. Se asomó sin respirar por el ojo mágico y pudo ver claramente a dos jóvenes en su puerta, intentándola abrir de alguna forma.

-Aaagh-dijo en voz baja como si se le escapara un susurro.

Rápidamente volvió a su cuarto silenciosamente. Mientras llamaba a emergencias, mantenía el cuchillo en su otra mano. Apretándolo un poco por la adrenalina. Tras hablar con terror a la operadora ella le dijo con demasiada calma y algo de insensibilidad:

-Llegarán en trece minutos aproximadamente. ¿Puede quedarse hablando por teléfono?

La conversación duró un poco más a pesar de ser bastante inútil. El hombre sólo podía pensar en esos trece minutos en los que podría o no llegar la policía. Recuperando milagrosamente la calma, pensó en al menos bloquear la puerta con el sillón. Sólo con un cuchillo en sus manos, dio varios pasos fuera de su cuarto cuando escuchó el sonido de la puerta abriéndose. En persona vio adentrarse en su casa a los jóvenes ladrones celebrando su llegada. Él se encontraba bastante cerca de la entrada, para su lástima. Cobardemente se intentaba ocultar a un lado del sofá. A su izquierda veía la cocina y a su derecha, presenciaba la luz que pasaba por la puerta que daba al patio.

<< ¿Con este cuchillo podré asustarlos?-pensó intranquilo-. No lo creo. ¿Y si tienen una pistola?, actúan como si no fueran novatos. >>

Rápidamente decidió escabullirse al patio, aprovechando que se movieron confiados a la cocina. El hombre sólo podía pensar en todos esos adolescentes *malandros* empobrecidos que presumían sus armas por internet, aireando su poder y confianza. Seguramente también eran de esos grupos. Entre puntillas llegó a la entrada y lentamente abrió la puerta, rogándole silencio. Mas sus súplicas no se escucharon, porque se escuchó el chirrido de la puerta. Sin mirar, corrió a ocultarse traicionando el

sigilo que antes guardaba. Se aventuró entre los árboles silvestres del fondo componiendo una orquesta de ruidos y quebraduras de plantas. Hasta que decidió ocultarse tras uno de los árboles.

- Vente, que vino por aquí- dijo silenciosamente uno de los *rateros*-. Agárralo para que no se meta.

El hombre esperaba con fe que los muchachos se tardaran como unos trece minutos aproximadamente en buscarlo; sin embargo, no tardaron tanto en descubrir el umbral de maleza donde se escondió. Él no podía ver directamente a los atracadores, pero escuchaba sus pasos y susurros cada vez más cerca. Empezó a impacientarse y adelantarse a lo que pasaría. Ni el monte que hería sus descalzos pies podía llamar su atención, inclusive ese dolor lo distraía de lo que pasaba. Los ladronzuelos caminaban más y más cerca. Un poco más. Otro poco más. Un paso más.

-¡UAJAJA-GUAJAJA-UAJAJA-GUAJAJA! – Sonó de la nada un canto frenético.

El hombre se desconcertó. El silencio gritaba violentamente esos sonidos de guerra. Cada sonido indicaba de forma muy marcada lo airado que estaba su cantor. Él a pesar de su curiosidad ni se atrevió a mirar. Pero al escuchar muchos gritos de dolor, que prorrumpían fuertemente su sufrimiento. Decidió asomarse a pesar de que la marcada luz del jardín le revelaría la cara.

-¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAHHH!- Exclamaron al unísono los ladrones.

Una pareja de *guacharacas* atacaba a los delinquentes, los cantos de alerta junto a los vociferados gemidos formaban una tonada casi armónica. Él veía a los ladrones llorar lágrimas sangrientas y cubrir sus ojos mientras corrían por donde pudieran. Las fieras *guacharacas* aún seguían desmechando sus pieles con pico y garra, mientras corrían por refugio. El hombre enfermo por la brutal escena, apartó su mirar, y vio en el camino recién hecho un nido con tres sobrevivientes huevos. A pesar de que se cayeron dos se veían intactos pero el tercero estaba agrietado.

Sin pensar en sus pies sangrantes caminó por el *monte*, alejándose del nido. Intentando regresar a su hermoso jardín. Cuando volvió al patio, llegó a la casa sin problemas; los jóvenes aún eran agredidos por las *guacharacas*. Ellos estaban acurrucados en medio de la grama, e intentaban protegerse de los ataques. Casi de inmediato llegaron las primeras luces del día, junto a la policía. Cuando fueron a esposar a los ladronzuelos, tímidamente huyeron las *guacharacas*. Dejando ver las marcas y heridas carmesí que estaban estampadas por los cuerpos de los ladrones. Cuando los adolescentes se encontraban detenidos y en el auto de policía, los oficiales le revelaron que si estaban armados con pistolas. Él ya no podía reaccionar a la situación, solo regresó a su caballete y a su jardín para serenarse por todo lo ocurrido. Hace tiempo que había perdido el sueño.

Muchos dan por hecho esa seguridad, en esas noches negras donde no se ve. Pero como ya lo pude ver, muchas veces no es así. Esa seguridad se quiebra bastante fácil, aunque uno ponga cámara y muralla. Espero que los jóvenes estén bien, la necesidad ya es mucha y es obvio que por ella uno hace males. Deberían sacar programas para la seguridad mejorando las hileras de barridas que en el horizonte se ven. Lo que se evitaría si del barrio salieran empresarios y buenas personas. Aunque pueda guardarles lástima. Ellos me dejaron sin mi tranquilidad. Ni la pintura, ni la música, ni mi jardín me apaciguan. Mis noches son entre sueño e insomnio. Pero tendré que superarlo algún día. Al menos siempre tendré esa paz y seguridad al oír el escándalo de las *guacharacas*, aunque otros desprecien su canto.